



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

DOMINGO 1.º DE DICIEMBRE DE 1872.

NÚM. 114.



### LA SERPIENTE DE METAL.

### LA LUZ.

Por donde quiera que tendamos la vista encontramos espectáculos de sangre, de ruina y de devastación. Las más bellas teorías se predicán: los utopistas llenan los espacios con sus huecas declamaciones. Según ellos, el reinado de la fraternidad y de la dicha debe llegar pronto, muy pronto. Grandes señales le anuncian, lo viejo se desmorona en todas partes; las decrepitas instituciones se hunden con estrepito en todos los pueblos: el ansia de lo nuevo es creciente, lo que sirvió para ayer ya no sirve para hoy. Tras todo esto está la aurora boreal.

Y entretanto, mirad á todas partes y sobre todo á nuestra patria donde este deseo de innovación es más frenético cada día. Cada semana hay un nuevo pretexto de derramamiento de sangre. Hoy son los hombres de la tradición que quieren imponerse al país por la fuerza: mañana los hombres del porvenir que no satisfechos jamás con el presente, quieren apresurar á aquel á cañonazos, como si la historia y el espíritu mismo del progreso que invocan, no les enseñasen que la vida marcha lentamente y que jamás ha habido un pueblo donde de repente se haya pasado de la ignorancia á la sabiduría, de la miseria á la riqueza, de la barbarie á la civilización, de la esclavitud á la liber-

tad. Así es que nuestro país está convertido eternamente en un campo de batalla. Los cañones ruedan por todas partes, las fábricas se cierran, los ferro-carriles se cortan y se destruyen, el trabajo se suspende y sólo la muerte es la que aletea incesantemente sobre nuestras campiñas y nuestras ciudades. ¿Se puede vivir así?

Los unos se echan la culpa á los otros; los unos dicen que los otros prometieron y no han cumplido; estos acusan á aquellos de desastres, de ruinas, de malversiones. Y entretanto que se disputan en los palacios ó en los campos la fortuna y el poder los más bullangueros y los más atrevidos, que son siempre los más ineptos



y los más inútiles, el pobre se muere de hambre y de frío, la viuda llora, el huérfano abandonado en las calles se hace perdido y hasta criminal, el soldado reniega de su país, y el pueblo entero se consume en la ignorancia, en la miseria y en el vicio.

¿Y cuál es la causa de este malestar, de esta ruina, de esta asolación? Aparte de causas históricas y políticas que no podemos examinar aquí, el origen de esto está en que faltan hoy las grandes ideas morales que forman los grandes caracteres. ¿Qué móvil dirige hoy á los que pelean? Su ambición ruin y mezquina. Los que peleaban ayer en favor de la intolerancia religiosa, peleaban al menos por una idea que creían acertada y justa. Hoy las ideas no son más que la máscara; tras ellas está el vil interés, el pedazo de pan que se vá buscando.

Lloremos por esto. En medio de la universal corrupcion de las almas, aún debe haber quien crea que el deber existe, que la moral no es una vana palabra, que la justicia debe ser un hecho, y que la paz y el amor nos han sido dados para que los realicemos, y no para que pronunciemos magníficos discursos sobre ellos. Hay que volver á la fuente: hay que beber del manantial otra vez. El Evangelio será el eterno código del bien y de la paz.

El mal está aquí en cada uno. Nuestra tierra es por desgracia la tierra de aquellos aventureros que teniendo un suelo rico y próspero que no querían cultivar, porque no querían trabajar, se iban á buscar el oro de América. Y aquel oro fué la ruina de la España del siglo XVI, porque la fuente de la riqueza es únicamente el trabajo. Aquellos sueños los tenemos aún hoy aunque metamorfoseados. La América de los españoles de hoy es el poder. Por el trabajo lento y honrado se tarda muchos años en tener propiedad y fortuna. Esta verdad debe inculcarse en los pechos de todos. Mientras no la aprendamos y no se la enseñemos á nuestros hijos y les digamos que el trabajo honrado y continuo es el solo que deba darnos la fortuna que ansiemos, seremos un pueblo pobre, hambriento, ignorante, y los pueblos ignorantes y hambrientos, son siempre irreligiosos, desmoralizados é incultos.

## LOS PREDICADORES.

### III.

Si en el predicador de *textos* es muy comun hallar la Biblia sin el Espíritu, en el predicador *sin texto* es muy frecuente encontrar el Espíritu sin la Biblia. Llamamos predicador sin texto tanto á aquellos pastores como profesores —en nuestro país aún no tenemos de estos últimos— que hablan más de filosofía que de exégesis y á quienes place más especular libremente sobre la naturaleza humana, que deducir todos los conceptos que emanan naturalmente de un versículo determinado. Tales predicadores suelen ser más amigos de tomar un dogma cualquiera y exponerle magníficamente, si es preciso, que de tomar un versículo de la Epístola á los Romanos y desarrollarle como es debido. Les llamamos *sin texto* porque el texto es para ellos una ociosa inutilidad y le aceptan por seguir la costumbre admitida. Determinan hablar sobre un asunto, reúnen cuantas ideas son precisas para exponerle, escriben el sermón si á mano viene, y despues se dicen: Busquemos un texto que convenga á todo esto,

y le buscan, tardando más á veces en encontrarle, que lo que han tardado en reunir todos los pensamientos del sermón. ¿No se corre haciendo esto el riesgo de extraviarse? Ateniéndonos tanto á nuestra propia inspiración y tan poco á la Palabra de Dios, ¿no podremos perdernos y caer en caminos extraviados? La razón del hombre se engaña fácilmente. Nuestros sentidos están sujetos al error y á la ilusión, y por desgracia, más veces erramos que acertamos. La Palabra de Dios es un guía seguro. «Con el Espíritu sólo, dice un escritor, se está en lo nuevo, pero en lo falso; con la Biblia sola, se está en lo viejo, pero en lo verdadero. Es preciso unir la Biblia y el Espíritu, para estar en lo verdadero y en lo nuevo, pero también en lo viejo.» Esta clase de predicadores no llenan fielmente su cometido.

Los predicadores *del texto* son los verdaderos predicadores, los predicadores por excelencia, los predicadores tales como deben ser. El primer cuidado de estos es estudiar profundamente los libros santos y no dejar pasar ni un sólo día sin estudiar una porción cualquiera de la Sagrada Escritura.

El recogimiento, la meditacion y la oracion, les son habituales y les hacen estar más en íntima comunicacion con Dios. Sus experiencias cristianas personales, que todo pastor más ó menos las tiene, pues si cumple celosamente con su ministerio, ha de visitar enfermos, hablar con sus fieles, conocer el estado de muchas almas; sus experiencias personales, decimos, unidas á una inteligencia siempre en contemplacion de las cosas eternas, han de ayudarle mucho, y le ayudan, en efecto, á comprender el profundo sentido de algunos versículos de la Biblia. Cuando quieren hacer un sermón ó una meditacion sobre un versículo, no se limitan á estudiarle sólo y aislado, sino que leen el capítulo entero y se fijan mucho en los versículos anteriores y posteriores al que han de examinar para darle su verdadero valor, que es muy fácil aquí como en las obras humanas, cuando solo se atiende á una frase ó á un renglón, dadas una significacion que no se las daría si se hubiese examinado el capítulo, ó por lo menos, lo que antecedia ó seguía á aquello en que íbamos á fijar nuestra atencion.

Estos predicadores han de saber hebreo ó griego cuando ménos. Las traducciones de la Biblia son en general poco fieles, y es cosa muy usual encontrar un nuevo ancho campo, un nuevo horizonte al leer el texto original, cuando en la traduccion el concepto nos pareciera oscuro, ó el párrafo poco luminoso.

Es preciso saber estas dos lenguas, porque segun una bella frase, si la fé es necesaria para la salvacion, la ciencia es precisa para la predicacion. A no ser así, á no tener conocimientos, el predicador se agota pronto, y todos los días hace una nueva y misma edicion de sus ideas. Estos predicadores que reúnen el Espíritu y la Biblia, sacan todos sus pensamientos del mismo texto, no los descubren ellos, sino que los reciben de lo alto vivificando sus corazones para ir despues á vivificarlos de sus oyentes. «Hablan, dice el escritor antes citado, el lenguaje de su propio corazón regenerado, y se limitan á copiar las páginas de la Biblia. Predican el texto y no un dogma ó un deber propósito del santo libro. Es el único medio que tienen nuestros predicadores de darnos siempre cosas nuevas unidas á las viejas creencias tradicionales de la Iglesia.» ¡Ojalá tuviéramos nosotros media docena siquiera de predicadores de esta índole!

Con ellos sí que se podría intentar la evangelizacion de nuestro país y realizarla en poco tiempo.

## ROMA PAGANA.

DE LOS SACERDOTES.

(Continuacion.)

Despues del Sumo Pontífice venia un numeroso clero dividido en varias clases. Unos vivian en los templos y ofrecian sacrificios; (1) otros, que ejercian el derecho de inspeccion sobre el pueblo, llevaban el nombre de *curio*.

Sus sacrificios no siempre consistian en animales inmolados; era también algunas veces un pequeño pan redondo cuya ofrenda presentada en el altar borbaba, decian ellos, los pecados del pueblo. (2)

Segun se infiere de un pasaje de Ciceron, parece que algunos calumniadores de esos sacerdotes habian llegado hasta pretender, que comiendo esos panes, creían ellos comer el cuerpo de su Dios; porque Ciceron los disculpa en estos términos: ¿Dónde se han encontrado hombres tan desprovistos de sentido comun que crean que las cosas que comen y con las que se alimentan puedan ser sus dioses? (3)

En efecto, pensamos que no es de presumir que el espíritu humano haya descendido hasta el absurdo de imaginarse que el hombre pueda comerse á su Dios.

Los judíos, pueblo de corta inteligencia, comprendieron que no se podía comer el cuerpo de un hombre para complacer á la Divinidad; y por eso cuando Jesús les dijo: «El que come mi carne tiene la vida eterna» por más que también dijo para explicar su pensamiento: «El que en mí cree tiene vida eterna;» (4) los judíos se rebelaron ante la idea de comer la carne de Jesús, de modo que el Salvador conociendo el error en que habian caído, se vió obligado á añadir para más claridad: «El Espíritu es el que dá la vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os hablo, son espíritu y son vida.» (5) Ese pequeño pan redondo llamábase entre los paganos *mola*, de donde viene *inmolare*; como de *hostia* viene *hostire*; dos verbos que significan igualmente inmolarse víctimas, sacrificar hostias. Alejandro de Alejandría llamaba á ese sacrificio, instituido por Numa, el sacrificio *incruento*.

Hé aquí algunos detalles acerca de la manera como se ofrecían los sacrificios: la descripción que vamos á hacer se compone de varios pasajes tomados acá y allá de los autores paganos, y reunidos para dar al lector una más exacta idea del conjunto. El sacrificio debía celebrarse antes de medio día, la mañana se consideraba como tiempo más favorable. (6) El sacerdote empezaba por cubrirse con una túnica blanca denominada *alba* y con otra de color; su cabeza estaba rasurada, (7) su pecho cubierto con un pectoral; llevaba un velo llamado *amito*. (8) Despues de haberse lavado las manos el sacerdote vestido como hemos dicho, daba vuelta al altar inclinándose y venia á colocarse frente al pueblo que asistía al sacrificio. Cirios encendidos adornaban el altar; (9) los ayudantes del sacerdote quemaban incienso, (10) el sacerdote inclinaba algunas veces la cabeza delante del altar, (11) hablaba en latín; cuando el sacrificio se consumaba, la imagen de Dios quedaba encerrada bajo llave; (12) y en fin, se despedía al pueblo con estas palabras que terminaban el sacrificio: *missio est*. (13) Entonces los concurrentes, despues de haber hecho sobre ellos mismos aspersion con agua salada que llamaban agua lustral, (14) se marchaban á sus ca-

- (1) Memorias de Marolles.
- (2) Pollux in Onom. i. vi. — Alex. ab Alex., i. iv. c. 17.
- (3) De Natura Deorum. iii.
- (4) Juan, vi. 40.
- (5) Juan, vi. 63.
- (6) Du Chout, p. 309.
- (7) Apul., Asin., lib. ii.
- (8) Plutarco, in vita Thescl. — Thesodoto in Euterpe.
- (9) Plutarco, in ant. Tenestelle, cap. 5.
- (10) Tib., lib. ii. eleg. i. Virgilio, Eneid. 9.
- (11) Lactanc., lib. vi. Instit., cap. 2, Tertuliano. De idolo, c. 15., Ovidio, Fast., lib. ii.
- (12) Ciceron, lib. iii. De off. Virg. Eneida, lib. i.
- (13) Polidoro de Virgilio. — Arnob., lib. vi.
- (14) Apul., lib. ii. De arino aureo. Ciceron, lib. ii. De leg. Ovidio, Fast., 5.



sas convencidos de que Dios había perdonado sus pecados.

Fácil es descubrir las funestas consecuencias de semejante ceremonia. Ese pueblo, tan ligeramente aliviado del peso de sus pecados con ese pretendido perdón, volvía á encontrar fácilmente la paz de su conciencia. La idea de que ya estaba purificado delante de Dios le sugería la de que había poco peligro para él cometiendo una nueva falta que iba á ser la única en su vida pasada. Más aun, la seguridad de obtener un nuevo perdón por medio de un nuevo sacrificio, le empujaba á la tentación, y ese pobre pueblo, así extraviado en su conciencia, se abandonaba más fácilmente á las pasiones de su corazón y recaía más pronto en el lodazal del vicio: un mal de tan fácil curación llegaba á considerarlo como un pequeño mal; se acostumbraba á él con placer y mientras que el sacerdote le prometía perdón en la tierra, Dios le reservaba justo castigo en el mundo venidero.

Así es que ese Dios tuvo piedad de los pobres paganos y para iluminarlos les envió á Jesús, quien vino á enseñarnos que después de su propio sacrificio los hombres no tenían que ofrecer más sacrificio cruento ó incruento; que Él mismo se ofrecía en expiación por nuestros pecados, (1) que desde entonces, no queda más á los que en Él confían, para agradar á su Padre, que vivir pura y santamente, y que si los hombres no se sienten con fuerza para vencer sus pasiones, deben pedirle á Dios que á todos la dé con liberalidad. (2) Así, pues, Jesús abolió los sacrificios y llamó al cristiano á la santidad. ¿Quién no ve en una doctrina tan sencilla y tan pura las pruebas de su divinidad? ¿Y quién no se alegrará con nosotros de ver al verdadero cristianismo haciendo desaparecer de la tierra tantas ceremonias inútiles y absurdas?

Después de los sacerdotes venían las sociedades religiosas de hombres y mujeres que llevaban el nombre del Dios ó del héroe al cual se habían más especialmente consagrado, y cuya regla seguían. Rómulo instituyó la orden de los hermanos de los campos; más tarde nacieron las sociedades de Augusto, los hermanos de la sociedad de Adriano y Antonino. (3) Entre ellas había algunas que tomaban el nombre de órdenes mendicantes. Esos hombres perezosos que vivían del pueblo, iban por calles y plazas, dice San Agustín, y exigían del pueblo lo que les hacía vivir vergonzosamente. (4) Apuleo, en el libro octavo de su *matamorfosis*, pinta á esos religiosos mendicantes de un modo jovial; bajo el nombre de su asno de oro descubre sus engaños, su hipocresía, y como, bajo pretexto de devoción, «reunían dinero, barriles de vino, leche, queso, trigo y avena. Todo lo toman con avaricia y meten en sacos lo que les dan; y así rondando, devastan el país.»

Necesario es recordar que eran paganos los que tal hacían para creer esas cosas; el abuso llegó á parecer tan escandaloso á los magistrados, que estos buscaron medio de ponerles freno con leyes positivas, porque dice Cicerón, esto llenaba al pueblo de supersticiones, y agotaba al país. Minutius Félix, dice que por pura afectación llevaban un hábito especial, y que marchaban descalzos. Otros se sometían á un silencio absoluto. (5) Otros hacían voto de pobreza. (6) Es menester decir en honor de estos últimos, que por más que fueran paganos, observaban realmente este voto. Sin embargo, no todos eran sinceros: hemos visto que Apuleo los representa, en general, como hipócritas, y en otro lugar se dice que esos pretendidos pobres mendigos vivían en la abundancia, en suntuosos conventos, situados en los más deliciosos parajes. (7)

Hé ahí la pereza y la hipocresía que santificaba una apariencia de religión entre los paganos, y hé aquí lo que el cristianismo ha venido á hacer para limpiar la tierra de esta raza de perezosos: «En el sudor de tu rostro comerás el pan.» (8) Salomón había añadido: «No ames el sueño, porque no te empobrezca; (9) el que labra su tierra, se hartará de pan; (10) pero el perezoso pedirá en

la siega.» (4) y Jesús ha venido á decir á esos hipócritas semejantes á los fariseos: «Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que bajo pretexto de largas oraciones devorais las casas de las viudas.» Sus apóstoles, instruidos por Él mismo, han añadido: «Que si alguno no quisiere trabajar, tampoco coma.» San Pablo une el ejemplo al precepto, trabajando con sus manos para vivir. Hé ahí el cristianismo. Yo pregunto: Una religión tan en armonía con la necesidad de actividad del hombre; una religión que tiende á desarrollar sus fuerzas físicas y sus facultades morales, ¿no prueba por esto mismo que procede del Creador que ha dado al hombre esa actividad, esas fuerzas y esas facultades?

(Se continuará.)

## DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

### §. IV.—LA IGLESIA Y SUS MINISTROS.

La Iglesia cristiana es la congregación universal de los fieles, á cuya cabeza está Jesucristo como única piedra fundamental. El profeta Isaías lo anuncia así en el capítulo xxviii, ver. 16, y el mismo San Pedro, á quien los católicos romanos señalan falsamente como piedra angular, confirma en su Epíst. 1.<sup>a</sup>, cap. ii, vers. 6, 7 y 8, lo expresado por Isaías. En las Actas de los Apóstoles, cap. iv, vers. 40, 41 y 42, se dice: Jesucristo es la piedra reprobada de vosotros los arquitectos, la cual es puesta por cabeza del ángulo y no hay salud en ningún otro, porque no hay otro nombre debajo del cielo *dado á los hombres*, en el cual podamos ser salvos. Los evangelistas San Mateo, cap. xxi, ver. 42; San Marcos, xii y 40; San Lucas, xx y 47, están acordes en la misma doctrina.

No puede quedar duda alguna de que Nuestro Señor Jesucristo es la cabeza de la Iglesia cristiana. Esta se halla compuesta de diferentes gentes y naciones. No está representada por clase ni institución alguna, ni admite preferencias de localidad. Se rige únicamente por la Palabra divina, sin interpretación de hombres, por privilegiados que parezcan, los cuales, sujetos al error como hombres, dan margen á controversias y cuestiones que alteran las Santas Escrituras, produciendo en el trascurso de los tiempos grandes absurdos, que resfrián la fé y dan lugar á la indiferencia y la incredulidad. (Epíst. 1.<sup>a</sup> de Timoteo, cap. i, vers. 3, 4 y 5.) A la ley y á los profetas escúchenlos, dice Isaías, viii, versículo 20.

El Nuevo Testamento explica por sí mismo la organización de la Iglesia evangélica, cuyos ministros son los pastores, ancianos y diáconos, sin nombrar el papado. Este no puede sustituir á Nuestro Señor Jesucristo como su vicario en la tierra, por cuanto siendo verdaderamente Dios y verdadero hombre, aunque en cuanto á su naturaleza humana está ahora ausente de nosotros, con todo eso no deja con su divinidad de henchir el cielo y la tierra y estar presente con los suyos por su Espíritu Consolador. (San Juan, cap. xiv, ver. 26, y xvi, ver. 7.) El Papa es una autoridad intrusa que se enseorea sobre la Divina Palabra como doctor infalible. «A nadie llameis Padre en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre que está en los cielos.» (San Mateo, cap. xxiii, ver. 9.) Ni os llameis Maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.» (Vers. 40 y 42.) «Quien trae su origen de la tierra, á la tierra pertenece y de la tierra habla: el que viene del cielo sobre todos es.» (San Juan, iii, ver. 34.)

Entre los apóstoles no existía primacía ni superioridad alguna. Jesús les dijo en una disputa sobre cuál de ellos sería el mayor: el que quisiere ser el primero será el postrero de todos y el servidor de todos. (San Marcos, ix, 33, 34 y 35; x, 43 y 44.) A todos fué estensa la facultad de apacentar los rebaños del Señor, con la predicación, la enseñanza de la doctrina evangélica, la administración de los Sacramentos, las reglas para el culto, la reprensión y corrección de las faltas y mala conducta de cualquier miembro desordenado de la Iglesia; estas son las llaves verdaderas dadas á todos los ministros del Evangelio para abrir y cerrar el reino de los cielos, de la misma manera que las dió á San Pedro, con

el poder de atar y desatar. (San Mateo, xxviii, 18, 19 y 20; San Marcos, xvi, 15 y 20; San Lucas, ix, 1 y 2.) Estas verdades fueron reconocidas por toda la Iglesia universal en todos tiempos, y por la Iglesia particular de Roma antes que empezara á corromperse.

Las Iglesias de localidad son independientes entre sí. En los casos difíciles, cuando se necesita un común acuerdo y unidad de miras, así en lo espiritual como en lo material, se convocan sínodos ó concilios donde concurren los pastores de las diferentes iglesias, sin que por esto pierdan su natural autonomía en la dirección de su régimen y disciplina interior. La unidad religiosa no está en la forma material exterior, porque es espiritual. Esta puede existir sin la unidad de Iglesia, así como la unidad de Iglesia puede existir sin la unidad de espíritu.

No es de este opúsculo el entrar en controversia con los defensores del papado, porque los límites del escrito no lo permiten. La torpe y maliciosa interpretación que dá Roma á las palabras de Jesús á San Pedro para declarar la supremacía papal, quedaría probada y á los alcances de los menos instruidos, consultando innumerables textos del Nuevo Testamento. Roma fué una Iglesia como las demás. Su situación geográfica al centro de los países más importantes que componían el Imperio romano, regidos después por Príncipes y Soberanos cuyos intereses políticos estaban contrapuestos, hicieron que cada uno procurase lograr en su favor la influencia religiosa del Obispo-pastor, á fin de saciar las ambiciones de dominación y conquista. Sucesivamente los Obispos de Roma recibían dones de los contendientes y acrecentaban su poder y sus riquezas. Adquirieron territorios donde hasta ahora han ejercido la soberanía temporal, con el título de Papa-Rey, á pesar del ejemplo de Jesucristo, cuyo reino no era de este mundo, y que habiendo venido el pueblo para arrebatárselo en una ocasión y hacerle Rey, volvió á retirarse al monte El solo. (San Juan, xix, 36; vi, 43.)

Muchos santos obispos que hubo antiguamente en la cristiandad, como fueron San Agustín, San Hilario, San Cipriano, San Jerónimo, San Martín, San Ambrosio y otros, no conocieron al Papa ni presumieron que en la Iglesia católica había de erigirse una potestad semejante.

No es cierto que los evangelistas rechacen la autoridad de la Iglesia en materias de fé, ni ménos cierto que apelen al hombre para resolverlas, porque apelar á la Biblia no es apelar al hombre. El verdadero correctivo de su libre exámen se encuentra en la preparación del espíritu por medio de la oración y el recogimiento. Acúdase á Dios, que es el único que puede dar este espíritu.

Terminaremos este artículo con una observación. En nuestra España, la Iglesia estuvo largo tiempo independiente de Roma, y convocaba sus concilios por medio de sus propios obispos, como sucedió en el concilio de Elvira ó Iliberitano (Granada) y el de Toledo. La convocación era hecha por el Rey, pero la celebración se realizaba según la Palabra de Dios, que es la única que preside y juzga. (San Juan, xii, 48 y 49.) La Iglesia de España, pues, desde Recaredo hasta D. Rodrigo, fué entre todas las del mundo cristiano, la más separada de la intervención de Roma. Felizmente, por la misericordia de Dios, en la España actual se ha establecido la libertad de cultos, se organizan las iglesias, se celebran sínodos y empieza á fructificar la semilla del Evangelio.

### CÓMO PUEDE APROVECHAR UN CULTO.

Son ya numerosas las personas que asisten á los cultos evangélicos en España, y creemos de nuestro deber decirles cómo deben conducirse si desean verdaderamente que la lectura de la Santa Biblia, el cantar de los himnos, las oraciones y cuantos actos forman el conjunto de un culto evangélico sean de provecho para sus almas. Creemos que algunas personas asisten á las capillas con el único deseo de entrar en comunión con Dios y adorarle en el nombre de Cristo; pero otras muchas van para escuchar

(1) San Pablo á los Hebreos, cap. ix y x, en particular ix, 11, 25 y 26 y x, 10 y 12.  
(2) La Epístola de Santiago, i, 5.  
(3) Alex. ab Alex. Genial, lib. i, cap. 26.  
(4) De civit. Dei, lib. vii, cap. 23.  
(5) Diógenes Laercio. Vida de Pitágoras.  
(6) Lactancio, lib. i, cap. i. Plinio, Hist. nat., lib. v, cap. 17.  
(7) Plato in Timeo, p. 1.044.  
(8) Génesis, iii, 19.  
(9) Proverbios, xx, 13.  
(10) Proverbios, xxviii, 19.

(1) Proverbios, xx, 4.



al hombre, para oír lo que diga acerca de la Iglesia de Roma, para observar si asiste cierta conocida que antes asistía y después ha manifestado deseos de volver al romanismo, para todo, en una palabra, menos para lo esencial.

Pues bien, mientras sean estas las disposiciones de nuestro corazón, nos volveremos á nuestras casas vacíos de toda bendición, y lo que es más triste, más atrasados y peores que cuando salimos de ellas. ¿Se quiere que el culto sea un verdadero culto? Para conseguirlo, antes de encaminaros á la capilla ó sala donde se predica, poneos en oración delante del Señor y suplicadle que os revista de disposiciones santas, y que el solo deseo de vuestra alma sea el de adorarle y amarle verdaderamente.

Esa sola disposición bastaría para que ciertos actos adquirieran un inmenso valor para todos. Ya no iríais para escuchar la palabra fácil ó pesada del predicador, sino para adorar á Dios.

¿Lee el predicador un capítulo de la Biblia? Con cuánto gozo escuchareis la lectura de esa Divina Palabra, por medio de la cual el Redentor os habla directamente sin que tengáis necesidad de medianeros.

¿Eleva el predicador en nombre de todos una oración al Señor? Con cuánto fervor, sostenidos por las oraciones de vuestros hermanos, abriéis vuestro corazón delante de Dios, cuya comunión y gracias buscareis con anhelo.

Y si durante la predicación el alma permanece en ese estado, ¿qué importa que el discurso sea sencillo con tal que sea evangélico? ¿Qué importa que la palabra del predicador sea torpe con tal que sea fiel? La explicación que dé aparecerá iluminada por un rayo de luz celeste, el rayo de luz que Dios habrá puesto en vuestras almas.

Si el predicador une á su fidelidad en la explicación de la Palabra una verdadera elocuencia, si tiene el don de hacer vibrar las cuerdas del alma y cautivar la imaginación de sus oyentes, si su vida es perfecta y dignos de ejemplo todos sus actos, no hay más que motivos para alegrarse; mas si su retórica es pobre y su carácter presenta algunos defectos, acordaos siempre de una cosa, y es que no vais al culto para adorar á un hombre revestido con una toga, sino para prosternaros delante de Dios.

Quizá diga alguno: «No encuentro edificación en el culto, porque veo á tal joven que vá solamente para que la miren ó la admiren, porque tal otra persona desmiente con su vida su profesión de cristianismo, etc., etc.»

Todo eso es cierto; ¿pero preferirías que esas personas, esa joven un tanto lijera, ese cristiano de nombre no asistieran nunca á los lugares donde se anuncia la Palabra de Dios? ¿No vale más que vengan al culto que no á otra parte? Y en todo caso, ¿no valdría más que oraras por todos esos desgraciados y que solo pensaras en ellos para hacerles bien?

Reflexiona un poco, amigo mío, y convendrás en que si no te edifican los cultos, la culpa es enteramente tuya.

## LA SERPIENTE DE METAL.

En el libro de los Números, capítulo 21, se cuenta el hecho que representa nuestro grabado. Después de una batalla en la cual la diestra del Excelso se había mostrado fuerte y poderosa, el caudillo israelita condujo á su pueblo camino del mar Bermejo, para rodear la tierra de Edom; pero el ánimo del pueblo, nos dice la

Escritura, se abatió por el camino, y sin acordarse ya del beneficio recibido, empezó á hablar mal de Dios y contra Moisés, y á repetir su eterno ¿por qué?... ¡Hasta qué grado de envilecimiento puede conducir la esclavitud! Ese pueblo se había acostumbrado tanto á comer bajo el chasquido del látigo el pedazo de pan que le arrojaban sus opresores, que la libertad, el aura pura de la libertad, no era para ellos bastante compensación á las privaciones eventuales que sufrían.

Dios se indigna de tan fea conducta, y para castigarlos les envía una terrible plaga de serpientes, cuyas mordeduras eran mortales. Horrorizado el pueblo se aflige y viene á Moisés diciendo: «Pecado hemos contra Jehová y contra tí, ruega á Jehová que quite de nosotros estas serpientes:» y Dios, que está siempre dispuesto para perdonar al pecador que se arrepiente, ordenó á Moisés que hiciera una serpiente de metal, para que todo aquel que la mirara no muriera. Moisés cumplió la orden de Jehová, y todo israelita que miraba la serpiente, vivía.

Fácil es representarse el espectáculo que ofrecía el campamento en aquellos días de duelo. Por todas partes se ve al animal dañino é implacable que continúa su obra de destrucción; se oye el clamoreo del pueblo y los ayes de dolor. Las madres corren llevando en alto á sus hijos para preservarlos de la furia del animal; el hijo vigoroso lleva á su padre moribundo para mostrarle el signo redentor; el terror y la esperanza se ven retratados en los semblantes, y las miradas de todos se fijan en la serpiente de metal que lanza vivos reflejos herida por los rayos de un sol abrasador. ¿Quién en aquellos momentos se detiene para mirar á los sacerdotes? ¿Quién admira sus vestidos? ¿Quién contempla al Sumo Pontífice?

Este hecho tan significativo debe hablar á los cristianos y persuadirles que sus miradas deben fijarse solamente en Jesucristo. Nuestro Maestro ha dicho: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere no se pierda, sino que tenga vida eterna.»

Nos hallamos en situación análoga á la de los israelitas. ¿Qué más desierto queremos que la vida? ¿Qué serpientes más venenosas que el pecado? ¿Qué dolores mayores que los producidos por el pecado? Y para que nada falte, ahí está Jesucristo, el objeto salvador, para mirarle y obtener por Él vida eterna.

Una mirada sobre Jesús, no sobre una imagen de Jesús vista con nuestros ojos, sino una mirada espiritual sobre el sacrificio sangriento consumado hace cerca de 20 siglos, teniendo la convicción íntima, la fe de que en aquella cruz la justicia y el amor se han abrazado, y de que Dios estaba en Cristo reconciliándose el mundo á sí, y no imputándole sus pecados, y el pecado deja de tener consecuencias eternas.

Esto parece muy sencillo y lo es en efecto. Y sin embargo, ¡si los hombres miraran á Jesús! A Jesús y no á los hombres, á Jesús y no á las ceremonias vanas, ¡cómo todo lo que es pequeño desaparecería para ceder su puesto á lo que es elevado y noble!

Mirando á Jesús los hombres conocerían en lo que consiste el amor de Dios.

Mirando á Jesús los hombres sabrían lo que es caridad, porque á la vista tendrían el perfecto modelo de la caridad.

Mirando á Jesús aprenderían los hombres la sumisión, porque la cruz es el acto de sumisión por excelencia; y por último, mirando á Jesús entrarían los hombres en comunión con Dios.

Miremos á Jesús y seremos salvos.

## A LOS NIÑOS.

No hay otra dicha  
No hay otro amigo;  
Niños del alma,  
Venid á Cristo.

Cuando corriendo  
Con regocijo

Por las campiñas  
Llenas de lirios  
Oigo las voces  
Y oigo los gritos  
Que dais al viento  
Cándidos niños,  
Suelo decirme:  
No hay otro amigo;  
Niños del alma,  
Pensad en Cristo.

Cuando á la lumbre  
Llenos de frío,  
Estais sentados  
Y el abuelito  
Os cuenta un cuento  
Donde hay vampiros,  
Brujas y duendes  
Y otros caprichos,  
Suelo decirme:  
Cándidos niños,  
Más les valiera  
Pensar en Cristo.

Cuando á la escuela  
Decís al tío  
Que vais y luego  
Hacéis novillos,  
Y hasta amistades  
Trabáis con niños  
Malos, de esos  
Que andan perdidos,  
Suelo decirme:  
¡Buenos amigos!  
Más os valiera  
Pensar en Cristo.

Cuando en la noche  
Decís, «me rindo»  
Y os vais al lecho  
Muy tempranito,  
Ni una palabra  
Sin leer del libro  
Santo que enseña  
El buen camino,  
Allá á mis solas  
Esto repito:  
Niños del alma,  
Pensad en Cristo.

## CONSEJOS Á LOS CRISTIANOS.

Retírate con frecuencia de las preocupaciones ordinarias de la vida y preséntate delante de Dios y de tus pecados para que puedas contemplar mejor al Cordero inmaculado que los llevó sobre su cabeza inocente.

No hay verdadera vida cristiana sin una constante humillación del corazón.

Tus alegrías, tus emociones, pueden engañarte; una sola cosa hay que nunca engaña, y es el llanto que derramas sobre tus pecados en presencia de la cruz. El cristiano es un pecador humillado, un corazón contrito, un alma trabajada que mira á Jesús.

No murmures cuando Dios pone sobre tí su mano para affigirte, que bueno es para tí encontrarte alguna que otra vez en situación de tener que dirigirte de nuevo á Jesús para que te dé vida nueva y nuevo vigor.

Confía siempre en Dios y Dios nunca te abandonará. Por densas que sean las tinieblas que te rodeen, siempre encontrarás, allá á lo lejos, del lado del cielo, alguna claridad, á



cuyo resplandor verás la cruz donde Cristo ha derramado su sangre por tí.

Alégrate de que Cristo te ha purificado de tus pecados y libertado de la condenación que por ellos merecias; pero no olvides nunca que tus pecados le han llevado a la cruz, y que por causa tuya y en tu lugar ha sufrido tanto. Solo así encontrarás la alegría cristiana y conocerás el dolor según Dios, del que no hay que arrepentirse jamás.

Pide á Dios que ensanche tus ideas y sentimientos para que puedas distinguir y admirar el bien donde quiera que se produzca. No puede darse espectáculo más triste que el de un cristiano que reprueba todo aquello que no ha sido inspirado por él ó que otros han hecho contrariamente á su gusto é inclinaciones.

No te detengas á contemplar tanto las acciones de los hombres como el móvil que las dicta. Sé indulgente para las acciones en las que reconozcas buena intención.

## LOS VALDENSES.

(Continuación.)

A más de sus ordinarios enemigos, tenían los valdenses de estas comarcas otros en los frailes de la abadía de Pignerol. Estos frailes eran bastante ricos para sostener perpetuamente una fuerza armada que dedicaban á la *caza de herejes*. Parecieron oportunos estos momentos para dedicarse con más grande escala á este género de caza, é hicieron caer sus soldados, que no bajarían de trescientos, sobre la aldea de San German.

Prendieron al pastor y se le llevaron consigo. Muchas mujeres y muchos hombres le seguían con la esperanza de rescatarle; pero cuando estuvieron cerca del convento, los soldados se volvieron contra los perseguidores y los hicieron prisioneros. Después, por una especie de refinada maldad y de crueldad enteramente bárbara, hicieron á aquellas mujeres que llevarán al hombro al sitio de la ejecución los haces de leña con que había de ser quemado su pastor. Este murió con santa resignación bendiciendo á Dios y perdonando á sus enemigos. No fué esta la sola hazaña de los soldados de la abadía. Devastaron también á Villar de la Perusa, Prarustin y San Bartolomé, llegando en sus sangrientas escursiones hasta Fenil y Campillon. El fin predilecto de aquellos soldados era el saqueo: los presos que hacían eran enviados á galeras, y habían llegado á infundir un pánico tan horroroso, que al tenerse noticia de ellos huían las gentes y no se atrevían á recoger siquiera ni sus cosechas. Sus hermanos del valle de Lucerna, viendo su triste situación, les enviaron un destacamento de soldados: pero sucedía que cuando el destacamento estaba allí, los soldados de la abadía no se atrevían á hacer sus correrías; pero en cuanto se iba, los brutales soldados volvían á sus saqueos, y á sus degradaciones, y á sus violencias. En una de estas escursiones, penetraron en San German, seguros de saquearla. Los angrogneses estaban en las alturas inmediatas recogiendo sus cosechas; apercibieronse de los gritos de angustia de sus hermanos, y cayeron como una avalancha sobre sus enemigos: deshiciéronlos por completo y los cortaron la retirada, lo cual, visto por ellos, los hizo, para salvarse, precipitarse en un río, en el que perecieron casi todos ahogados. Los frailes de la abadía, al saber la terrible derrota, cobraron tal miedo que abandonaron el convento y se refugiaron en Pignerol.

Pero el duque de Saboya no estaba satisfecho. Siguiendo las ideas de su época, creía que Dios no le per-

donaría si dejaba vivo un solo hereje en sus Estados. Primeramente envió á los valdenses teólogos católicos que los convirtieran, pero no alcanzaron nada. Se vió obligado, siguiendo siempre las ideas de su tiempo, á apelar á la fuerza. Se empezó la guerra después de largas discusiones entre teólogos católicos y los pastores valdenses: el duque coadyuvó á los gastos con la mitad, y la otra mitad la pagaba el Papa, contribuyendo con cincuenta mil escudos mensuales y el abandono de las rentas eclesiásticas del ducado por todo un año. ¿Qué remedio quedaba á los valdenses? Morir, huir, ó abandonar sus creencias. Pero aquellos pobres herejes tenían el temple de alma de los primeros mártires del cristianismo: creyendo firmemente en sus doctrinas, se prepararon á la persecución con largos ayunos y oraciones. No quedándoles más remedio que perecer ó defenderse, se apercibieron á lo último.

El 1.º de Noviembre de 1560, llegó á Pubbiano, tierra valdense, el conde de la Trinidad con cuatro mil infantes y doscientos caballos, y empezó las hostilidades atacando las alturas de Angrogne, inmediatas á San Juan. Los católicos salieron derrotados. Mil doscientos hombres atacaron las alturas de Angrogne, y solo doscientos valdenses las defendieron, lo que no impidió el triunfo de estos últimos. Tomó el conde varios castillos en el valle de Perusa, en el de San Martín y en algunos otros puntos, lo que no impidió que los suyos fueran derrotados en Tarlearet y en una aldea inmediata al Villar.

Viendo el conde de la Trinidad que las ventajas obtenidas por sus armas no eran grandes, recurrió al engaño y á la astucia. Hizo decir á los valdenses por su secretario Gastaud, que si se prestaban á algunas apariencias tan solo, todo quedaría concluido y hecha la paz, tanto más, cuanto que el duque y la duquesa estaban muy dispuestos en su favor. Hizo que los valdenses permitieran dejar decir una misa en el templo de Angrogne; los obligó á depositar muchas de las armas con que peleaban en casa de uno de sus síndicos, armas de que se apoderó villanamente, é hizo que condujesen á su general al Pradotour, fortaleza natural, como hemos dicho en otra ocasión, de los valdenses en tiempo de persecución. Excitóles también á que enviaran una comisión de los más principales de entre ellos á ver al duque y pedirle la paz, y ellos, cándidos como eran, lo hicieron así. A poco de salir los comisionados, el conde rompió las hostilidades, y sus soldados cometieron excesos sin cuento. Destruían el vino y las cosechas cuando no podían llevárselas. Su saña era especialmente contra los pastores, los que jamás podían haber á las manos. Sobre todas estas vejaciones impuso el conde á los valles herejes la contribución de diez y seis mil duros. Los comisionados enviados á ver al duque volvieron cabizbajos y tristes; el secretario del general les amedrentó de tal suerte, que presentaron al duque otra carta muy diferente de la que les habían dado sus hermanos; fueron maltratados en la corte, y en resumen, volvieron trayendo á los suyos la orden formal de que fueran admitidos en sus aldeas los sacerdotes romanos, y que en ellas se celebrase el culto católico. Los pobres montañeses riéronse esta vez, como tantas otras, de aquella orden, y persistieron en su herejía. Enviaron emisarios á sus hermanos del valle de Pragela, y tomaron ellos esta vez la ofensiva acometiendo al castillo de Villa, donde yacían presos muchos de sus parientes. El castillo se resistió; los hidalgos católicos de la comarca ayudaron á su defensa; la guarnición de la Tour envió también algunas fuerzas; pero todo fué en vano. Al sexto día, la fortaleza estaba en poder de los valdenses. Por este tiempo fué cuando los valdenses determinaron formar una compañía de cien mosqueteros escogidos, que teniendo por misión acudir allí donde el peligro fuera más inminente, fué llamada la *compañía volante*.

(Se continuará.)

## TODOS LOS MEDICOS ESTÁN EN LA MANO DE DIOS.

Las romerías en Francia están de moda. No es que todos los peregrinos crean que en el día destinado para efectuar la romería á la virgen de Lourdes se opera un milagro; muchos van á ella para divertirse; otros para

sostener la influencia del clero, y un reducido número de devotos, porque no conocen otro modo más cristiano de servir á Dios, y creen agradecerle tomando parte en esas expediciones que tanto contribuyen al desorden y desenfreno de las costumbres.

Mas «hé aquí que no se ha acortado la mano del Señor para salvar.» En medio de una de esas escenas de superstición, el Todopoderoso se ha revelado al alma de una pobre mujer trayéndola al conocimiento de Jesucristo, sólo Salvador de los hombres.

El caso sucedió hace tres ó cuatro meses. La pobre mujer de quien hablamos vivía triste en casa de su padre por haberla abandonado su marido hacia algún tiempo. Dos veces había ido, en cumplimiento de un voto, á visitar el sepulcro y la milagrosa camisa del cura de Ars, y como todo lo creía con suma devoción, pensaba visitar este año por la tercera vez el dicho sepulcro.

Aconteció que la mujer se extravió en el camino, y en vez de llegar al pueblo que buscaba, entró en uno para ella completamente desconocido. Llegóse á la primera casa que vió, tanto para informarse acerca del camino, como para pedir un vaso de agua. Ofrecióla la dueña de la casa afectuosa hospitalidad, y la habló de otro remedador de los infortunios del hombre, de otra mejor peregrinación y de otro mejor médico que el de Ars, del Médico Divino. La pobre mujer quedó encantada de la conversación, y prometió visitar á su regreso á su buena amiga.

Pasó algún tiempo, y cumpliendo lo ofrecido, la peregrina volvió á visitar la casa de la mujer cristiana.

—Y bien, le preguntó ésta apenas la vió; ¿y el cura de Ars, cuyo sepulcro habeis visitado, ha proporcionado algún alivio á vuestro doliente corazón?

—No tal; lo mismo me encuentro ahora que antes.

Entonces su amiga la habló de Jesús, del Jesús bíblico, de Jesús el amigo de los pecadores. Allí permaneció algunos días la afligida mujer oyendo hablar del amor de Dios, leyendo el Nuevo Testamento en unión de los cristianos de aquel pueblo, y halló un bien infinitamente mayor que el que buscaba; pues halló la salud de su alma.

Antes de marcharse pensó en volver una vez más á la Iglesia romana para hacer en ella sus rezos; pero no pudo hacerlo en conciencia, y arrojando su rosario dentro de la iglesia exclamó: «Templo de ídolos, toma lo tuyo.»

Llegó por fin á su pueblo y á la casa de su padre, y éste le dijo le mostrara las medallas de Ars que pensaba habría traído.

«Ahí teneis mi medalla, querido padre,» dijo ella, y le presentó su Nuevo Testamento.

Más no era el padre hombre que tuviese oídos ni corazón para semejante cosa, y airado contra su hija la echó fuera de casa.

La pobre mujer así desamparada, fué de nuevo en busca de sus nuevos amigos cristianos, por cuyo medio había conocido el Evangelio de Cristo, y allí encontró seguro asilo, dulzura y amor cristiano. Pero es el caso que en su camino visitó á una tía suya que se encontraba moribunda, y cuando ésta murió dejó á su sobrina por heredera de su modesta fortuna.

La mujer está admirada de la bondad de Dios, que la ha hecho pasar de las tinieblas á su luz admirable, poniendo en su corazón esa paz que antes buscaba en vano en las prácticas mal llamadas religiosas inventadas por los hombres.

Aun en las cosas temporales no puede menos de reconocer la mano de su Padre celestial, que la acogió con amor cuando su padre terrestre la arrojó de su casa.

## PERDONAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

Si deseamos que Dios borre nuestras iniquidades y que separe su vista más penetrante que una aguda espada, nosotros debemos igualmente no acordarnos nunca de las ofensas recibidas. ¿No decimos á nuestro Padre en la oración dominical: «perdonanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos á nuestros deudores?»

El cristiano debe escribir sobre arena las ofensas que se le infieren, y sobre el bronce los beneficios que



recibe; el cristiano debe ser como la madera odorífera que perfuma al hacha que la hiere.

Luis XII, rey de Francia, subió al trono después de largas luchas, durante las cuales muchos miembros de la grandeza se habían alzado en armas contra él. Cuando llegó á ser rey, hizo una lista de todos sus oficiales y personas de distinción, y con una cruz roja fué marcando los nombres de aquellos que le habían combatido. Pronto se supo el hecho, y todos empezaron á temblar, creyendo que el monarca iba á tomar venganza de las injurias recibidas; pero el rey los tranquilizó diciéndoles: «La cruz roja con la que señalo vuestros nombres es el signo de la Redención; ella me enseña á perdonaros como Jesús me ha perdonado.»

Bello ejemplo de perdón que los hombres todos debieran imitar. Jesús así lo ha ordenado y el apóstol Pablo ha escrito: «Antes sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros, como también Dios os perdonó en Cristo.»

Si los preceptos de Cristo recibieran cumplimiento por parte de aquellos que se llaman cristianos, algunas disensiones, algunas lágrimas y no pocos disgustos desaparecerían de nuestro pobre mundo.

## LAS SUPERCHERÍAS PIADOSAS.

En más de una ocasión hemos apuntado algunas de las supercherías de que se ha servido el clero romano en todas las épocas para acreditar las doctrinas de su invención. Hoy vamos á hacer mención de que se relaciona íntimamente con la pretendida infalibilidad de los Papas.

En el siglo XV, algunos cristianos reclamaron el derecho de comulgar bajo las dos especies, es decir, reclamaron el derecho de beber de la copa que representa la sangre de Cristo. Los sacerdotes y el Concilio de Constanza rehusaron á los laicos un privilegio que les hubiera puesto de paz con los sacerdotes, y para satisfacer al pueblo aseguraban que la hostia contenía á la vez que el cuerpo, la sangre de Jesucristo. Para mejor convencer á los ignorantes y aumentar la devoción, imaginaron el milagro de la *hostia sangrienta*. El milagro se verificaba en Wilsnack; una hostia destilaba sangre en el momento de la elevación.

La superchería era tan evidente, que el Concilio de Magdeburgo se creyó obligado á llamar la atención del obispo de la diócesis para que pusiera término á aquella comedia indigna. «El pueblo, dicen los obispos, adora no sabemos qué sangre, por más que allí no haya sangre de ningún género. Tenemos respecto á esto la confesión del sacerdote que se ha hecho culpable de este engaño; lo que no impide que se concedan grandes indulgencias á los que van en peregrinación á Wilsnack en donde se pone de manifiesto la hostia sangrienta. La cupidéz ha inventado ese milagro, y la impostura lo sostiene: se hacen milagros por dinero, todo se vende, aun los certificados que se expiden á los peregrinos.»

Pero por más que hizo el Concilio la superchería no tuvo fin, precisamente porque la cupidéz era la inspiradora del milagro, y el pobre pueblo siempre ignorante, acudía en peregrinación á ver la hostia sangrienta por más que hubiera sido condenado el cura que la inventara.

Lo mismo sucede en nuestros días con esas famosas peregrinaciones que se hacen en Francia y otros puntos, por más que todos sepan que no han existido los milagros que el clero se complace en referir con la sola idea de acrecentar su poder sobre las almas.

Más ¿cómo habían de cesar las peregrinaciones por más que hiciera el Concilio de Magdeburgo, si el Papa Eugenio IV concedió indulgencias á todos los peregrinos que fueran á Wilsnack, y ordenó algunas medidas para conservar las hostias sangrientas? Nicolás V reprodujo las mismas disposiciones. Ahí tenemos dos Papas cubriendo las más escandalosas de las supercherías con el manto de su infalibilidad, acaparando cosas que castiga el Código penal.

## LA VIDA ETERNA.

PRIMER DISCURSO.

### Problema del destino humano.

(Continuación.)

Señores, id á un cementerio y contad las innumerables tumbas donde yacen en silencio la juventud y la infancia. Cuando Andrés Chenier (1) comprendió que no había más que poner la cabeza bajo la repugnante cuchilla de la revolución, sintiendo hervir en su interior olas de sentimiento y de poesía, se llevó la mano á la frente y gritó mientras que se la golpeaba: «Y sin embargo había algo aquí.» ¿Quién no recuerda la alegría con que esas criaturas, un hora llenas de vida, se lanzaban por el camino de la esperanza, que vino luego la muerte á destruir con un solo golpe? ¿El hombre útil desaparece, el objeto de las más tiernas afecciones es cortado en flor, mientras que otras existencias pesadas para ellos mismos y para sus semejantes, parece que no han de acabar nunca? ¿A qué insistir más?... ¿Quién no lleva en su alma el recuerdo de alguno de esos desórdenes de la muerte?

¿El desorden! Puesto que de ello hablamos al fijarnos en el que la muerte arrastra en pos de sí, claro es que existe en nuestra alma el sentimiento del orden, así como cuando nos quejamos de la oscuridad y de las tinieblas, es porque á lo ménos hay en nosotros alguna impresión de la claridad y de la luz. Este orden, pues, que reivindica nuestra conciencia, que nuestro corazón proclama abiertamente, ¿no habrá algún ser que pueda comprenderlo en toda su plenitud? ¿No habrá de suceder la armonía á los tonos discordantes de nuestra pobre pequeñez? ¿No alcanzaremos la luz después de tantas tinieblas como nos rodean?

¡Ah, señores! la vida y la muerte, el curso de nuestra existencia y su término inevitable, se encuentran en su camino para romper el encanto que nos ciega y detenernos ante esta pregunta: ¿á dónde vamos? ¿cuál es nuestro destino? Mas para dar á esta cuestión su verdadera importancia, entremos dentro de nosotros mismos, consultemos nuestra propia naturaleza, hagamos, por decirlo así, el inventario de nuestra alma. Ni una sola de nuestras facultades, ni un solo movimiento de nuestro corazón deja de preguntarnos de continuo: ¿Cuál es el destino del hombre? ¿se cumple en esta vida? Fijaos en este ejemplo, que aparentemente se halla muy lejos del fin que nos proponemos.

El sitio en que nos encontramos, por sí solo nos dice á qué se halla destinado; es un salón de conciertos. Esta circunstancia llama mi atención extraordinariamente sobre las grates impresiones que producen á nuestra alma el estudio de las bellas artes, y mi idea se fija más especialmente en ese conjunto admirable de todas ellas que llamamos la poesía: lo que la música y la pintura logran con sus naturales inspiraciones, la poesía lo alcanza también por su misterioso encanto, pues expresa lo ideal, es decir, hace sensible á nuestra alma por medio de los sentidos, algo más elevado, más superior y más grande que las realidades de la naturaleza. La averiguación de lo ideal, es la esencia del arte, es la sola razón de ser de la poesía, y en esta investigación se presentan dos direcciones enteramente opuestas.

Hay una poesía que describe sencillamente la vida actual, representando una imagen seductora, pero que se desvanece al simple asomo de la realidad dejando una decepción en nuestra alma y un profundo disgusto en nuestros sentimientos. Y téngase en cuenta que no hablamos de esas imaginaciones trastornadas que saben encubrir el vicio bajo hermosos coloridos, que ennoblecen hasta los crímenes, y que cubren también con el manto de la poesía la corrupción y vergüenza de los sentimientos más asquerosos, no; aquí hablamos de esa disposición romántica que desposeída de todo sentimiento de lo infinito y limitada, crea con los elementos de la tierra un mundo ficticio en el que la vida real aparece como un martirio y el deber como una cosa enojosa. El ideal en este caso, es una luz vaga, una especie de rayo fosfórico que emana de los objetos que se describen, pero sin un foco de luz permanente; y el arte que

resulta de este ideal, ese conjunto, es un placer noble, delicado si se quiere, pero en fin, es pasajero y concluye.

¿No hay otro género de poesía? Sí que existe: hay una poesía que cree en la fuente de toda luz, cuyas aspiraciones son levantarse hasta aquella altura, y concibe al través de las bellezas que le rodean, la belleza de la eternidad, de la que la tierra no es sino un pálido reflejo. Oigamos á Platon sobre esta materia: «El hombre, dice, al contemplar la magnificencia de la tierra, se acuerda que hay otra más alta; pero en su impotencia para volar hacia ella, como el pobre pajarillo clava sus ojos en el cielo. (1) Oid al gran discípulo de Sócrates celebrar—esa belleza admirable que es el fin de todos los trabajos del sábio; belleza eterna, exenta de aumento ó disminución y de lo que participan todas las demás bellezas por más que su nacimiento ó destrucción no la disminuye, ni acrece, ni le hace experimentar variación alguna.»—El nos presenta el alma arrebatada de un amor divino, «empezando por las bellezas que le rodean y sus ojos fijos en la belleza suprema, elevarse sin cesar, pasando, por decirlo así, por todos los grados de la escala,» y termina así: «Lo que puede hacer estimable la vida, es la contemplación de la belleza eterna.»—Luego hay una idea de la belleza que nos hace estimar la vida, porque esta idea es para nosotros la prenda de una existencia más elevada; luego hay una poesía que no es simplemente más que la recreación del espíritu, pero que ennoblece la vida, destellando en sus manifestaciones una luz superior, que transfigura la realidad y diviniza el deber. El ideal es en ese caso un reflejo de la luz de lo alto, y el arte no es otra cosa que un anillo precioso de esa cadena sublime que une al cielo con la tierra.

Hé aquí dos distintas maneras de comprender el arte, el ideal y la poesía: la crítica literaria no llena su cometido si deja de fijarse en estos grandes problemas. ¿Dónde está la verdad? ¿El ideal es un fuego fatuo que se disipa después de haber iluminado con sus fantásticos resplandores el pantano que lo produce? ¿El ideal es un rayo que baja de los cielos para iluminar la tierra? Este es el problema que nos proponemos investigar, en sus límites, á primera vista, más extraños; pero antes pasemos á examinar otro de los elementos de nuestra naturaleza.

Hace más de dos mil años que Aristóteles ponía al frente de uno de sus escritos más célebres, estas palabras: «Todo hombre tiene un deseo natural de saber. Yo considero este deseo que forma parte de nuestra constitución espiritual, y me pregunto si está modelado con relación á la vida presente, si no vá más allá de nuestra existencia. Si la ciencia fuese no más que un auxiliar de la industria, pudiérase crearlo así; ¿pero lo es en efecto? La geometría, dícese, nació entre los egipcios, de la necesidad de reponer los límites en las heredades que invadían las inundaciones del Nilo: la necesidad de orientarse en las vastas llanuras que con sus ganados cruzaban los caldeos, dió origen á las observaciones astronómicas; á estas afirmaciones no puede objetarse nada. La necesidad es la madre de toda invención; luego no sería oportuno negarlo para demostrar la utilidad práctica de las ciencias. El wagon que nos conduce resume, por decirlo así, en su marcha rápida, el trabajo acumulado de muchas generaciones, y el hilo eléctrico que, más rápido aún, anticipa á nuestros amigos la noticia de nuestra llegada, presenta claramente de cuánta importancia son para la sociedad las investigaciones abstractas de la ciencia. Sí, la ciencia es, sin duda alguna, el fundamento de la industria: el hombre no alcanza nada sino en razón de sus conocimientos, y no se enseñorea de la naturaleza sino en proporción á su misma ciencia; luego natural es que ciertas necesidades prácticas hayan sido la causa del desenvolvimiento del espíritu humano. ¿Pero se encierra en esto todo el fin y las operaciones del entendimiento? No; si el hombre no cultivase las ciencias más que en vista de los resultados útiles de su propio estudio, jamás pudieran admirarnos las maravillas de la industria moderna: la ciencia no ofrece sus resultados y ventajas, sino después que se le ha consagrado la meditación, el estudio y la inteligencia. Hé aquí un ejemplo: la teoría sobre la electricidad no hubiera sido nunca del dominio humano, si para ello hubiéramos pensado en su aplicación al telégrafo.

(1) Poeta francés del siglo pasado; murió guillotinado durante el reinado del Terror. (La Red.)

(1) Tedro.



Fuerza es repetir con Aristóteles: «el deseo de saber es un elemento de nuestra constitución primitiva.» —Nosotros nos degradamos, cuando sometemos los fines inferiores de la verdad a la verdad intrínseca, siendo así que nuestro deseo de saber es infinito por su naturaleza. Ahora bien, á la vista de esta necesidad interior que no reconoce límites, colocad los resultados que se experimentan.

En este universo material, explicado por la experiencia, interpretado por el cálculo, la inmensidad desaparece á nuestros ojos bajo un doble aspecto. ¿Creeis que la vista puede llegar hasta el fin del universo con la ayuda de los más fuertes telescopios?—El mundo visible no es para nosotros más que un punto imperceptible en el campo vastísimo de la naturaleza, dice Pascal. Aun cuando empleemos los microscopios más sutiles, imposible será descubrir los primeros elementos de la materia. Nuestra imaginación se pierde en estos pensamientos: no alcanzamos lo infinito de la grandeza, así como tampoco lo infinito de nuestra pequeñez: los extremos de nuestras investigaciones se desvanecen, como dice Montaigne. Por otra parte, ¿qué son nuestros sentidos con cuya ayuda estudiamos la naturaleza, sino algunos claros por donde percibimos una parte muy mínima de lo que existe? No hay luz posible para el infeliz que está ciego:

En vano muestra el astro refulgente,

Su rayo hermoso al que la luz no siente. (1)

Suprimid el oído, y todo el encanto de la armonía desaparecerá luego. Y ¿quién podrá revelarnos la multitud de fases que el universo pudiera contar, y de las que nos es de todo punto imposible formarnos la menor idea, puesto que carecemos de sentidos especiales para ello? ¡Misterios por todas partes! Los problemas más interesantes, no son el resultado de las especulaciones elevadas del entendimiento; ellos nacen del simple vuelo de un insecto; del más imperceptible tallo de una mata, de las moléculas de aire que respiramos, del suelo que hollamos con nuestras plantas. La ciencia progresa, se enriquece y hace la felicidad de muchos, pero barreras insuperables la rodean, y el hombre de estudio, comprendiendo lo poco que sabe á la vista de lo mucho que ignora, muchas veces resume el resultado de todas sus investigaciones en esta frase conocida: «Solo sé, que no sé nada.»

Esto es lo que sucede con respecto á la naturaleza de este universo sensible que parece haber sido más especialmente sujeto á nuestras investigaciones. ¿Qué será, pues, para aquellas cuestiones que no pueden resolverse por la experiencia? ¿Quién puede fijar el origen y último fin de las cosas, los misterios del espíritu? El afán de penetrar los problemas de este orden, ¿se halla relacionado con nuestra existencia? ¿No parece que los problemas nos incitan más á medida que su solución es más indiferente para los intereses de actualidad? El deseo de penetrar las tinieblas que envuelven el principio y fin de nuestra existencia, ¿será una necesidad aparente, hija de la acción del pensamiento, que una vez en ejercicio, traspasa el círculo de su objeto real, lanzándose en el vacío? El deseo más elevado de nuestras inteligencias, ¿no es más que un refinamiento ilegítimo del espíritu? ¡Ah, señores; las primeras cuestiones que se han apoderado de la humanidad son las de este orden. Digámoslo en honor de nuestra especie; cuando no se sabía una palabra de física, cuando la química no existía, ya los sabios trabajaban por comprender cuál era el origen de todas las cosas y el fin último del universo. Tal es el testimonio de la historia antigua, y esa historia se reproduce hoy. Fijad vuestra atención en las cuestiones, al parecer fútiles, de la mayor parte de los niños, y observareis que esa misma sencillez se presenta algunas veces de una manera sublime. ¿No habeis oído nunca, en la esfera de sus ideas infantiles, algo extraordinario muy por encima de la gravedad metafísica del hombre completamente formado?

Nuestra naturaleza es cognoscitiva: queremos llegar á una claridad absoluta, y por todas partes nos rodeamos de misterios. El hecho existe: la desproporción entre el vuelo de nuestro pensamiento y los resultados que alcanza es tan manifiesta, que no puede dudarse. ¿Qué se deduce de aquí?—«Que la naturaleza del hom-

bre es un error, pues que une á su pequeñez el orgullo más desmedido.» (1) ¿Diremos por esto que es una ofuscación del espíritu querer fijarse en la luz? ¿Qué nuestra alma tiene el presentimiento de sus altos destinos, y que no pueden bastarnos algunos resplandores vagando entre las tinieblas, porque hemos sido criados para la plenitud de la claridad? Hé aquí nuestra proposición: el pensamiento y la ciencia la elevan, como el arte y la necesidad del ideal.

(Se continuará).

## PENSAMIENTOS.

Cuando la verdad obtiene un privilegio, la verdad baja en vez de subir. Su gloria, como su fuerza, consiste en deducirlo todo de ella misma.

—La religión presta grandes servicios al Estado, mas solo los presta cuando ella es libre; siendo esclava, ya nada vale: la sal ha perdido su sabor.

—Una religión que se pregunta si debe unirse al Estado, confiesa ella misma que no tiene fe en sus destinos.

VINET.

—Faltar á su palabra es deshonorarse por completo.

—La verdadera caridad impone muchos trabajos y no pocas privaciones. La caridad no consiste en desear el bien del prójimo, sino en hacer bien al prójimo.

Un perezoso no puede ser verdaderamente caritativo.

MONTAUDON.

—No hay más que dos clases de hombres: unos justos, que se creen pecadores; otros pecadores, que se creen justos.

PASCAL.

## AL SERVICIO.

—Ya viene la quinta, madre.  
Y me tendré que marchar  
Si la suerte me es adversa  
¡Ay Dios! que me lo será.  
Y como mi padre es viejo  
Y no puede trabajar,  
Verá secarse los campos  
Que fueron ayer su afán.  
La miseria en este caso  
Con paso lento entrará,  
Pasareis noches sin sueño  
Y muchos días sin pan.  
Deja que llore la suerte  
Que el Dios del cielo me dá;  
Deja que lamente, madre,  
Lo que no puedo evitar.  
—No te aflijas, hijo mío,  
Dios que es justo proveerá.  
Su nido tienen las aves,  
Nosotros tendremos pan,  
Yo y tu padre de la aurora  
El primer rayo al pintar.  
Nos pondremos de rodillas  
Y le diremos en paz:  
«Santo Dios, un hijo se ha ido;  
Ten de nosotros piedad.»  
—¿Quién sabe si volveré!  
—Hijo mío, volverás  
Los párpados de tus padres  
Por lo ménos á cerrar.  
—¿Cuanto se sufre en el mundo!  
¡Cuánta injusticia social!  
—Déjalo, que alguna vez  
El reino de Dios vendrá.

A. SANCHEZ DEL REAL.

## REMITIDO.

Señor Don A. C.

Mi apreciable correligionario: Hace algun tiempo me ocupó entre otras cosas en preparar lo necesario para

(1) Plinio.

establecer una clase nocturna de instrucción primaria para párvulos y adultos, en el pueblo de Cijuelas, el cual dista cuatro leguas de esta capital, en cuyas clases, además de enseñar á leer y escribir, explicaríamos las Sagradas Escrituras.

Preparado tenemos el local y el mobiliario necesario para abrir dicha clase; señalamos para su inauguración el día 11 del corriente, y esta noticia circuló por los pueblos convecinos. El día señalado fui acometido de una ligera indisposición, la cual, por fortuna, me privó de ir al mencionado pueblo, por lo que no tuvo lugar el acto de inauguración: digo por fortuna, porque en ese día se presentaron cuatro curas acompañados de una turba de hombres, mujeres y niños, vecinos de pueblos contiguos. Estas pobres gentes, guiadas por el más ciego fanatismo, iban animadas del espíritu bélico que dominaba á los cruzados cuando en tiempo de ignorancia y barbarie, seducidos por las indulgencias que los buenos Papas les ofrecían, en grandes masas caían sobre los infelices pueblos que el Pontífice les señalaba como enemigos de Dios; y en nombre de ese Dios, que es el Padre misericordioso de la humana raza, degollaban á los desgraciados habitantes de aquellos pueblos, quemaban estos y talaban los campos. Seguramente los que acompañaban á los curas referidos en el día que dejamos hecha mención, si nos hubieran encontrado nos hubieran degollado, en honra y gloria del Dios de los Cruzados. Así lo decían los niños que formaban parte de aquellas turbas: «Venimos,—decían,—á matar á los judíos protestantes,» y apedreaban la casa donde vamos á establecer nuestra clase, é insultaban á la familia que en ella vive. Detrás de las huestes del fanatismo venía una retaguardia compuesta de vecinos de los mismos pueblos que lo eran aquellos mal aconsejados cristianos, que sabedores del propósito de los fanáticos, acudían por si necesitábamos de su ayuda para defendernos. ¡Bendito sea Dios que me presentó un obstáculo para que no pudiera efectuar mi proyectado viaje, con lo cual evité un lance desagradable que podía haber dado por resultado algunas víctimas! Los curas, como no encontraron al hereje que decían iban á confundir, predicaron al pueblo, previniéndole contra nuestras doctrinas diabólicas, como ellos dicen, contra nuestras seducciones y maldades, y les ofrecieron volver acompañados de tan santa cohorte, animados de tan santos pensamientos, el día que yo vaya.

El martes 12 se presentó en esta nuestro digno correligionario y hermano en la fe, D. Manuel Ruiz, vecino del ya referido pueblo Cijuelas, y es el que vá á ponerse al frente de la clase de la que dejamos hecha mención; ha ofrecido hacerlo voluntaria y gratuitamente, y me notició de todo lo que dejó dicho; yo creí conveniente ponerlo en conocimiento del señor gobernador civil de esta provincia para evitar tengan lugar sucesos tan desagradables como á los que hemos estado espuestos; con este objeto y acompañado de mi amigo el Sr. Ruiz, me presenté á dicha autoridad, la cual me recibió del modo mas fino, y me ofreció oficiar al señor alcalde de Cijuelas, para que esta autoridad me sostenga en el derecho que tengo de establecer siempre, cuándo y donde crea conveniente una ó más clases y de predicar y propagar mis creencias religiosas, cuyas doctrinas no son otras que las que hemos recibido de los apóstoles. Entre otras cosas, dije á este señor gobernador, que nosotros no solamente no provocábamos, sino que queríamos evitar ser provocados, para en ello evitar sucesos desagradables, y que por eso impetraba su protección.

Mucho le agradecería á Vd. si mandase insertar esta carta en su digno periódico LA LUZ, para que el mundo conozca una vez más las armas que buscan los secuaces del Papa para evitar la propagación de las doctrinas de nuestro amado Jesús. También es conveniente que al mundo, y en particular al Gobierno, no le coja desapercibido si en el día de mañana somos víctimas de un atentado criminal llevado á cabo á impulsos del ciego fanatismo, empujado por la intolerancia de los que no respetan leyes que se opongan á su soberbio egoísmo, á sus intereses mundanos, á sus deseos tiránicos. Solo me resta decirle que la actitud amenazadora de estos curas no me ha arredrado, como nunca me han arredrado sus persecuciones y amenazas; que he puesto la mano en el arado y no la retiraré;

(1) La Fontaine; la Muerte y el moribundo.



que mediante Dios, en Cijuelas predicaré algunas veces más y daré á conocer á aquellas pobres gentes al que tiene ofrecido no echar fuera al que á Él vaya, á Nuestro Redentor Jesucristo, si es de la voluntad de Él. En Cijuelas estableceremos una escuela en conexión con esta iglesia.

Le doy las gracias anticipadas y me repito de usted afectísimo amigo y hermano en el Señor.

JOSÉ ALHAMA.

Granada y Noviembre 19 de 1872.

## NOTICIAS VARIAS.

El arzobispo de las islas Filipinas ha abierto una suscripción con el fin de allegar fondos con que redimir esclavos, sobre todo, á los niños y niñas nacidos en la servidumbre. La suscripción se inauguró con 4.500 duros.

Aplaudimos tan filántropico pensamiento, y celebráramos que los prelados de nuestras Antillas iniciasen un movimiento semejante al que hemos apuntado para limpiar el suelo español de la mancha de la esclavitud.

Y apropósito de esto, dice con mucha oportunidad *El Cristiano*: los millones de reales que en España recauda la Comisaría de la Santa Cruzada, ¿por qué no se invierten en el mismo objeto? «La redención de cautivos» es el pretexto para recaudar esos fondos. Ya no hay cautivos en Berbería, pero ascienden á trescientos mil los que arrastran la cadena en Cuba y Puerto-Rico. ¿Qué mejor destino podía darse á esos fondos que el de sacar á tantos oprimidos de su penoso y degradante cautiverio?

De Santander nos escriben que el evangelista don Juan Flores ha celebrado el domingo 24 del actual su primera reunión religiosa en el barrio de Miranda, y que asistieron á ella siete hombres y tres mujeres. Doce personas componían la primera reunión que se celebró en Madrid en la calle de las Veneras, y después Dios ha ido añadiendo á ese corto número miles y miles de oyentes.

Por lo demás, los santanderinos han escuchado la lectura y explicación del Evangelio con sumo respeto y recogimiento, y el deseo que han expresado es el de que pronto se abra una iglesia.

Esperamos en Dios que así sea; pero antes bueno es preparar el terreno y sembrar en reuniones particulares la simiente de la Palabra de Dios.

En Nápoles se acaba de cometer un robo bastante original. Los ladrones han robado las campanas de bronce de la iglesia *Vittoria* cerca de la fonda de Nápoles. Un periódico de la localidad dice que muchas personas desearían que los ladrones robaran las campanas de las demás iglesias.

Tienen la palabra los españoles que viven cerca de las iglesias católicas para decir lo que ellos desean.

En la antigua Nueva Granada, hoy Estados-Unidos de Colombia, han sido secularizados los cementerios; de modo que todo individuo, cualquiera que sea su religión, puede recibir sepultura en ellos según los ritos de la Iglesia á que pertenezca.

En España vamos despacio; aún hay que destinar lugar separado para que los protestantes no manchen después de muertos á los católicos santos. ¡Y esto sucede cuatro años después de hecha la revolución!

Lewenboeck nos habla de un insecto visto por el microscopio, que para formar una pizca (vigésima parte de un grano) se necesita reunir 27 millones. En cavidades de un grano de arena se distinguen diversas variedades de insectos. El moho no es sino un hermosísimo bosque de árboles con sus ramas, hojas y fruta. Las mariposas están completamente cubiertas de plumas. El pelo no es más que un tubo hueco. La superficie de

nuestro cuerpo está cubierta de escamas lo mismo que los pescados; un sólo grano de arena alcanza á cubrir 150 de estas escamas, y lo que es más aún, cada escama cubre 500 poros; por estas pequeñas aberturas pasa el sudor lo mismo que el agua por un cedazo. Las crecidas, insectos de la vigésima parte de un grano, dan 500 pasos por segundo.

Cada gota de agua estancada contiene un mundo de seres animados, nadando con la misma libertad que las ballenas en el mar. En cada hoja se ven manadas de insectos pastando cual vacas en un prado.

¡Señor, qué maravillosas son tus obras!

El misionero Sr. Gulick, hermano de los dos cristianos del mismo nombre que hoy trabajan en España, escribe del Japon que, gracias á una exposición que se ha verificado en la capital del reino, una especie de tolerancia ha sido acordada á los cristianos. El Sr. Gulick piensa dirigirse al Gobierno pidiéndole permiso para fundar escuelas, alentado por las seguridades que le dá uno de los ministros de que en su casa puede anunciar cuando quiera el nombre de Jesús.

Todas las barreras van cayendo delante de la cruz de Cristo. Dios sea loado.

La capilla evangélica y las escuelas situadas en la calle de Martín de Vargas (Peñuelas), se han trasladado á la calle de Moratines, núm. 5, en el mismo barrio.

En la noche del 28 del actual, se inauguró el nuevo local, á cuyo acto asistió una numerosa concurrencia. Deseamos que una abundante bendición caiga sobre aquella iglesia, y sobre las personas que allí se ocupan en la obra del Señor.

Durante el año de 1871, han sido condenados en Francia más de 80 *hermanos de la doctrina cristiana*, por atentados contra el pudor. ¡Y luego dirán los romanos que esos casos son la excepción! Es posible, pero á lo que se ve la excepción tiende á convertirse en regla.

El miércoles próximo 4 de Diciembre, á las ocho de la noche, se reunirán en oración los cristianos evangélicos en la capilla de la calle de la Madera Baja, para suplicar al Señor que calme las pasiones y evite el derramamiento de sangre en nuestra patria.

La colecta en favor del Papa hecha este año en Baviera, ha dado un resultado muy mezquino comparada con las de los años anteriores. En todas partes decae el romanismo.

Se ha abierto en Madrid una nueva escuela evangélica bajo los auspicios del pastor alemán Sr. Flíedner. Deseamos para esta nueva obra prosperidad y bendición abundante.

El pastor de la iglesia de Zaragoza, D. José Eximeno, nos participa en carta del 28 de Noviembre que no ocurre nada de particular en su iglesia, á excepción de la defunción de uno de los más antiguos feligreses que ha sufrido mucho en su enfermedad y ha dado durante ella pruebas de su confianza en Cristo.

También nos dice que el pastor Sr. Flíedner ha visitado aquella iglesia y tomado parte en uno de los cultos.

Sabemos de un habitante de esta corte, muerto no hace mucho tiempo, que ha dejado consignada en su testamento la cantidad de doce mil duros para que se digan misas por el descanso de su alma, y á sus hijas, que se encuentran en una situación nada brillante, las ha legado la cantidad de 360 rs. á cada una.

¡Y habrá sacerdotes que acepten ese dinero!

De una correspondencia inglesa, tomamos los siguientes párrafos:

«Frascati es un pueblo cerca de Roma que cuenta algunos miles de habitantes.

Meses atrás las Escrituras fueron distribuidas entre aquellas gentes. Los sacerdotes romanos recogieron todos los ejemplares que pudieron, y los quemaron, conducta que predispuso á las gentes á pensar y á conversar. Tardes pasadas, un caballero vino á suplicarnos que fuésemos á Frascati á enseñarles la *verdad*. Dos días después el inspector de tribunales en aquella provincia, envió una súplica semejante, instándonos á que inmediatamente se abriera una escuela evangélica. Nosotros fuimos, y hallamos varios hombres de mirada ardiente que nos rogaban con urgencia para que entráramos en aquel campo de una vez, prometiéndonos hacer por su parte cuanto pudieran. Yo dije: «Este llamamiento es de Dios; éste es un grito de Macedonia. Confiaré en Dios y en mis amigos cristianos y acepto la responsabilidad.» Se han tomado excelentes habitaciones para poner en ellas escuelas y cultos, etc., y también un profesor cristiano ha sido empleado, y la semana que viene, el lunes 4 de Noviembre, se abrirá la escuela.

Dios ha abierto otra puerta. Vd. conoce la *ciudad Leonina*, es aquella parte de Roma que atraviesa el Tíber, en que están situados San Pedro, el Vaticano y la Inquisición. Pues este territorio sagrado, territorio del cual por muchos siglos han salido edictos que han maldicho el mundo, era de suponer no debía ser invadido, ni los herejes debían hallar un lugar en él para predicar. Días pasados el dueño de unas fincas próximas á la plaza de San Pedro, oyó el objeto de mi venida á Roma, y me llamó ofreciéndome todo el local que yo necesitase para mi escuela y predicaciones, en la suma nominal de 30 duros por mes. Fuí y quedé enmudecido por la sorpresa cuando vi el local. ¿Lo tomaría? *¡Lo tomaré!* Tener semejante duda hubiera sido una baja cobardía, y una falta de confianza en mis hermanos cristianos, habría sido insultarlos. Yo sabía que se necesitaba hallar 4.000 duros para el gasto de un año, y que yo no tenía el dinero, pero una hora después, yo tenía la escritura en mi poder. ¿No hice bien? Una vez arreglado, en la próxima semana, abro una escuela, la que inauguraremos con una reunión de oración general. Orad por nosotros en aquella hora.»

(De *El Cristiano*).

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

### Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Quintana 8, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Pérez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.